

Llama que en semidiós transformó al hombre
Y dió á su aliento mágico poder.

No, no murió: la humana vestidura
Cayó tan sólo en la afanosa lid;
Su alma se goza en la celeste altura,
Lo que anheló su pecho encuentra al fin.

DON LUIS A. RAMÍREZ MARTÍNEZ Y GÜERTERO

(*Larmig*).

LA HIJA DE JAIRO

I

¿Dó van las mal ceñidas
Veladas *Plañideras*?
¿Sus voces lastimeras
Qué quieren anunciar?
Traspasan de un palacio
El pórtico espacioso.
¿De quién es el pomposo,
Solemne funeral?
Del opulento Jairo
Aquella es la morada.
Allí la muerte airada
Su dardo disparó;
Allí contempla un padre,
Con aterrados ojos,
Los pálidos despojos
Del fruto de su amor.

Trocara el triste Jairo,
Con júbilo y presteza,
Su fausto y su grandeza
Por miserable hogar,
Si sacrificios, dones,
Y humano poderío
Pudieran aquel frío
Cádaver animar.

Cádaver de una niña
Tan bella como pura:
Tesoro de hermosura,
Dechado de candor.
Fué su existencia breve
La vida de una rosa;
La muerte, nunca ociosa,
Sus galas marchitó.

Conserva todavía
Su cuerpo inanimado
Del rostro nacarado
La delicada tez,
Las hebras del ondoso
Cabello refulgente,
Del seno la naciente
Alzada redondez.

Semeja de alabastro
Bellísima escultura,
De larga vestidura
Y helénico perfil.
Y su expresión revela
Que un dulce pensamiento
La suavizó el momento
Amargo de morir.

Mas livida de Jairo
Se ve la faz sombría.
Dos tumbas aquel día
La suerte preparó:
Encerrará á la niña
La tumba de la tierra,
Al pobre viejo encierra
La tumba del dolor.

Y ya desesperado,
Su luenga barba mesa
Ya enternecido besa
La exánime beldad;
Que escucha le parece
Sus ayes dolorosos,
Y nombres cariñosos
El misero la da.

Con vivo colorido
Se traza en su memoria
La milagrosa historia
Que cuentan de Jesús,
Del justo Nazareno,
Á cuya voz bendita
El muerto resucita
Y el ciego ve la luz.

Acusa de tardío
Al propio pensamiento,
Y con repuesto aliento
Y varonil vigor,
Aplaza su quebranto,
Ligero se levanta,
Y va con ágil planta
Buscando al Salvador.

Se dice convencido
Que Cristo es el Mesías
Del férvido Isaías,
Del lúgubre Ezequiel.
En su terrible angustia
Su gran fervor estriba,
Porque el dolor aviva
La llama de la fe.

II

Con paso infatigable,
Henchido de esperanza,
Por la ciudad avanza
En busca de Jesús,
Del jefe prometido
De la nación hebrea,
Del mártir de Judea,
Del *Hombre* de la cruz;
Del *Hombre* á quien le debe
Su luz la inteligencia,
Sus fueros la conciencia,
Su vida el corazón,
La muerte sus encantos,
Su palma el sacrificio,
Y derrocado el vicio
Magnánimo perdón.
Y Jairo ante el Mesías
Prostérnase de hinojos,
Los abatidos ojos
Apenas puede alzar,
Su mal y su deseo

Suspira en frase breve,
Y Cristo se conmueve
Y tras de Jairo va.
Jesús, cual recatando
Su esencia omnipotente,
Así dice á la gente
Que mira en derredor:
—«Tan solo está dormida
La que juzgásteis muerta,
Y la veréis despierta
Al eco de mi voz.»

III

Y como Abril benigno,
Tras crudo invierno fiero,
Desata al prisionero
Helado manantial,
Así su voz deshace
El hielo de la muerte,
Y el bello cuerpo inerte
Principia á respirar.
En sus rasgados ojos
Luz apacible brilla,
Colora su mejilla
Ligero rosicler.
El padre queda inmóvil,
Atónito, suspenso,
Con gozo tan intenso
Que tiembla de placer.
—El Salvador se aleja.—
La niña en el anciano,

Su débil, tibia mano
Apoya para andar;
Y con incierta planta
(Que mal en pie se rige)
Ansiosa se dirige
El cielo á contemplar.

En vasto giro inútil
Prolonga su mirada,
Sin que divise nada
De lo que anhela ver.
Cual si en eternas sombras
Sumido el orbe viera,
Le asusta de la esfera
La densa lobreguez.

¿Del recobrado mundo
Le agobian las cadenas?
¿Suspira por las penas
Que tiene que sufrir?
La niña al niveo pecho
Inclina tristemente
Su enajenada frente,
Y á Jairo dice así:

IV

«Las sienes abrasadas,
Acongojado el pecho,
En el revuelto lecho
Postrábame el dolor;
Nublábanse mis ojos,
Y por doquier sentía
Confusa vocería,

Monótono rumor.
Mis párpados de pronto
Se entornan blandamente,
Arómase el ambiente
Con nardos y azahar,
Me arrulla y me embelesa
De oculta lira de oro,
Dulcísimo, sonoro
Y armónico vibrar.

Hollando con sus plantas
Arrebolada nube,
Gentil, blondo querube
Del éter descendió.
Del morador del cielo
El cerco centellante
Con esplendor brillante
Mi faz iluminó.

Un ósculo de suave
Y de hermanal ternura
Dió el ángel de la altura
En mi turbada sien,
Y desceñida al punto
De la terrena veste
Á la región celeste
Gozosa me lancé.

Y sin afán molesto
Ni esfuerzo fatigoso,
Siguiendo al venturoso
Espíritu inmortal,
Hendí los no medidos
Espacios, coronados
Con orbes inflamados

Que ruedan sin cesar.
Contemplo al remontarme
Portento tras portento,
Del suelo al firmamento
Llenando la extensión;
La escala se dibuja
De innumerables gradas,
Por ángeles guardadas
Que en sueños vió Jacob.
De esfera á esfera cruzan
Estrellas misteriosas,
Y notas cadenciosas
De mágico laud,
Y de abrasada mirra
Embalsamadas nubes,
Y aligeros querubens
Y espíritus de luz.
Me esfuerzo vanamente
Con temerario empeño
Tan inefable ensueño
Queriendo relatar.—
Perenne primavera,
Belleza inmarcesible,
Sosiego inextinguible,
Eterna libertad.
De amor inagotable
La sin igual delicia,
En triunfo la justicia,
Con lauro la virtud;
Á su perdida patria
La humanidad volando,
Por lábaro llevando

Ensangrentada cruz;
Y, en fin, la cumbre célica,
Espléndida, infinita;
Tal fué mi mal descrita
Seráfica visión.
Por eso, al despertarme,
Al verme en este suelo,
La hiel del desconsuelo
Me amarga el corazón.
Yo he visto, padre mio,
De par en par abierta
La reforzada puerta
Á do se estrella el mal,
Y al traspasar del cielo
El muro de diamante,
Gemido penetrante
Me tuvo en el umbral.
En Palestina un hombre
Mi ausencia lamentaba,
Llorando me llamaba.
Escucho y es tu voz.
Y tiemblo, gimo, dudo,
Me rinde tu quebranto,
Y dejo al ángel santo
Y acudo á tu dolor.
Desciendo, padre, en alas
De la filial ternura.
¿Qué vale mi ventura
Si cuesta tu pesar?
Es caro el goce eterno
Con tu aflicción comprado:
No quiero de tu lado

Volverme á separar.

¿Fué larga mi jornada?

¿Duró breve momento?

¿Quién tu apenado acento

Llevó á mi corazón?

¿Quién me mostró la puerta

Del inmortal seguro?

¿Quién á este valle oscuro

Mi espíritu lanzó?

Si cuadro tan magnífico,
Tan bello y halagüeño,
Fué realidad ó sueño,
Decirte no podré;
Mas sé que la bajeza
Del mundo he comprendido,
Que niña me he dormido
Y desperté mujer.

No digo bien; el eco
Que vibra en mi conciencia,
No es, padre, la experiencia
De la madura edad.
Ni quemo incienso inútil
Con esperanza vana
De la ventura humana
En el profano altar.

No cubre ya mis ojos
Del mal la espesa venda,
Y en la escabrosa senda
Que lleva á ser feliz,
Cual peregrina cauta
Caminaré de día,
Y para solo guía,

Señor, te quiero á ti.

Encontraré al embate
Del infortunio rudo
Inquebrantable escudo
En el paterno hogar,
Aquí, contigo, lejos
Del mundanal ruido
En sosegado olvido,
En venturosa paz.

DON MANUEL CAÑETE

EL ARBOL SECO

A Don Pantaleón de la Torriente.

Ciñen el valle
Verdes montañas.
¡Qué ricos prados!
¡Qué puras aguas!
Densas neblinas
Males presagian;
Pero respetan
Esta comarca,
Y benéficos aires las impelen
Más allá de la Peña de Cabarga.
Limpia de aspecto
Vese en la falda
De una colina
Pobre morada.
Dios la bendice:
Nunca las ansias
De honda miseria
Turban su calma,
Y generosas nubes enriquecen
El huerto estrecho, las sedientas parras.

— 281 —

Junto á la lumbre
Yace sentada,
Triste y doliente,
Linda zagala.
Reza su madre,
Reza en voz baja;
Y ella, entre angustias
Mal sofocadas,
Rinde al honrado esposo el casto fruto
A que prestó alimento en sus entrañas.
Pálido el rostro,
Lirio entre zarzas,
Sale á los campos,
Troncha una rama,
Clávala en tierra
Junto á su casa,
Dulce suspiro
Lánguida exhala,
Y á que brinde con sombra la conjura
A su albergue y al hijo que idolatra.
¡Cómo los años
Rápidos pasan!
Hombre es el niño;
Tiende sus ramas
Arbol la un tiempo
Rústica vara;
Sola murmura
Tiernas plegarias
La hermosa madre, y el garzón bríoso
Parte á buscar riqueza en otras playas.
¡Ay si á las olas
Joven te lanzas!

Pisa el mancebo
Costas lejanas;
Piensa en su madre;
Lucha y trabaja...
¡Vanos esfuerzos!
¡Loca esperanza!...

Al fin sin padre, sin salud, rendido,
Torna al hogar de su apacible infancia.

Ya del otoño
Soplan las auras;
Visten los picos
Nieves tempranas;
Yace del árbol
Mustia la gala;
Triste la madre
Que lo regaba

Con lágrimas lo riega: el hijo amado,
De lentas fiebres al rigor se apaga.

¡Cuán larga noche!
¡Qué dura escarcha!
Más del enfermo
Crecen las ansias;
Sangre á torrentes
Miserio lanza;
Grita espirante:
«¡Madre adorada!»

Y la madre infeliz, cayendo en tierra,
Clama en hondo clamor: «¡Hijo del alma!»

Súbito el árbol
Blande las ramas;
Vuelan sus hojas;
Sangre las mancha.

Rueda en el prado,
Cárdena y lacia,
La última, há poco
Verde y lozana,

Y el tronco gime cual si ardiente rayo
Calcinado le hubiese las entrañas.

Pasa el invierno:

Llena de galas
Flora los prados
Cándida esmalta.
Trinan las aves;
Bullen las aguas;
De hojas se cubren
Todas las ramas...

Solo el árbol fatidico desnudo
Yace, velando por la humilde casa.

«Míralo, madre
Desventurada...
¡Cómo á los cielos
Aun se levanta,
Tronco sin jugo,
Seco fantasma!
¡Cuál le dirige
Mudas plegarias!...»

¡Ay! También su cadáver gigantesco
Vendrá por tierra al espirar la anciana.

DON JOSÉ COLL Y VEHÍ

LA BELLEZA IDEAL

¡Oh lumbre misteriosa
Al sentido mortal siempre velada!
Por tí suspira ansiosa
El alma desterrada
De su primera celestial morada.
Su cerviz irguió impura
La serpiente del mal, y huiste al cielo,
Dejando en amargura
Y torcedor desvelo
En tinieblas envuelto el hondo suelo.
Los celajes y flores,
La airosa cumbre donde el sol centella,
Los ríos corredores,
La silenciosa estrella,
Impresa aún guardan tu divina huella.
Si risueña alborada
Canta el ave al nacer del nuevo día,
Ó en la noche callada
Suena triste alegría
Dentro el recinto de la selva umbría;

Si la fuente murmura,
Ó suspiran las auras; si violenta
Rasga la nube oscura
Y en las ondas revienta
Del mar, que ronco brama, la tormenta;
Tú brillas: dentro el pecho,
De inmortal voz retumba el eco santo,
Y el corazón deshecho
En copioso llanto
Respira exento de inmortal quebranto.
Sombras de un bien perdido
Agitanse en la mente; vago crece
Deseo indefinido
Que alegra y entristece;
La tierra de los ojos desaparece.
Bien como al deslizarse
De cenicienta niebla los vapores
El valle empieza á ornarse
De formas y colores,
Centellando entre vivos resplandores;
Así en la fantasía
Mundos surgen de luz pura y riente
Do nunca muere el día;
El pensamiento hirviente
Se precipita en rápido torrente.
Arde la veloz rueda
Entre el polvo de Olimpia glorioso;
Rojeante humareda
El destino ominoso
De Troya anuncia y caso lastimoso.
De Orestes parricida
Desgarran las Euménides el seno;

Llora la luz perdida
Edipo; sordo trueno
Retumba, y calla el circo de horror lleno.
Corre al sepulcro santo
Cual desbordado río la cruzada;
Libre ondea en Lepanto
Y en la hermosa Granada
La bandera de Cristo desplegada.
Suenan las alas de oro
Del Dante y Calderón en las moradas
De eterna dicha ó lloro,
De espíritus pobladas
Y de planta mortal jamás holladas.
Beethoven gime y canta,
Orlado de ciprés Mozart camina;
Bajo la arcada santa
Armonía divina
Mueve el pecho de Bach y Palestrina.
Cual tempestad retruena
La voz de Haydn del Gólgota en la cumbre,
Grito de espanto y pena
Lanza la muchedumbre,
Y espera con horror del Sol la lumbre.
Del templo el velo roto,
De los sepulcros rómpense los lazos;
Furioso terremoto
Agita sus cien brazos;
Cruje la piedra y salta hecha pedazos.
En misterioso sueño,
¡Oh Velázquez! de noche rodeado
Viste en el santo leño
Al Dios crucificado

De sangrientas espinas coronado.
Y tú, gloria de Urbino,
¡Quién como tú sintió la cruel herida,
Y aquel dolor divino
De la Madre afligida
Tierna llamando al Hijo de su vida!
Mas ya en *dichosa nube*
De arreboles y oro recamada
Triunfante al cielo sube
La Víctima preciada,
Y el arpa gime de León sagrada.
Como antorcha en la altura
Que hasta el profundo abismo su luz vierte,
Arde limpia y fulgura
La Iglesia del Dios fuerte,
Y enfrenada á sus pies ruge la muerte,
Sobre yermos y osarios
Arcos de paz los Angeles colocan;
Sonoros campanarios
Que á la oración convocan
Al alto cielo con sus cruces tocan.
El concierto sublime
De los astros que vagan por la esfera,
La arquitectura imprime
En la mole severa,
De lejanas edades mensajera.
Hija del pensamiento
La línea en torno la materia gira,
Y del alma el acento
En la forma respira
Como en las cuerdas de armoniosa lira.
¡Oh lumbre soberana,

De la eterna Verdad fiel compañera,
Del Bien supremo hermana!
¡Ay! quien feliz pudiera
Con tus alas volar al alta esfera!
¡Quién pudiera ¡ay! del alma
Saciar la ardiente sed que la devora!
¡Quién ¡ay! tornar la calma,
Oh lumbre encantadora.
Al triste corazón que ausente llora!
La patria do te escondes
En valde buscan mis cansados ojos;
Te llamo y no respondes...
¡Solo yertos abrojos
Doquier contemplo y míseros despojos!
Ya que no puedan verte,
Nunca cesen mis ojos de llorarte,
Ni el alma de creerte,
Ni el corazón de amarte,
Ni el balbuciente labio de ensalzarte.

Vosotros que el acento
Del alma poseéis sabio, elocuente,
Decid lo que yo siento,
Decid lo que impotente
En vano anhela descifrar la mente.
Cantad, y vuestro canto
Del alto cielo al corazón descienda;
En amor puro y santo
El espíritu encienda,
Y vencedor del tiempo el vuelo extienda.

DON JOSÉ MARTINEZ MONROY

Á LA VIRGEN

Quién oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
(Fray Luis de León.)

De este valle sombrío,
Que riega de los míseros el llanto,
Aparto el pecho mío,
Y hacia tu trono santo
Mi débil voz y mi oración levanto;
A tí, cuyos fulgores
Rompe la sombra y la tiniebla oscura
Del seno de dolores
Do la humana criatura
Gime, envuelta en horror y desventura;
A tí, mística rosa,
Que el sentimiento marchitó en el suelo,
Y tornaron preciosa
Las aguas del consuelo,
Que fecundan los ámbitos del cielo;
A tí, que eres, Señora,
Símbolo misterioso y escondido

De cuanto el hombre adora,
Postrado y confundido,
Y de los fuegos de la fé vestido.
 Flor de aroma sagrado,
Que al mundo esparce su fragancia amena,
Y al pecho da cuitado
La paz dulce y serena,
Y al alma baña y engrandece y llena.
 Manantial de ventura,
Do el hombre bebe con ansioso anhelo;
Paz y vida y dulzura
Del infelice suelo;
Ebúrnea torre que corona el cielo.
 Estrella matutina,
Que nace siempre eterna y siempre nueva;
Antorcha peregrina,
Que á los hijos de Eva
Á manso puerto con su lumbre lleva.
 Entre velos de oro
El cielo te alza un templo, y te proclama
Su Reina y su tesoro,
Pura y creadora llama
Del santo amor que nuestro amor inflama.
 En tu regazo tierno
Al Salvador del mundo omnipotente
Depositó el Eterno,
Y su diestra fulgente
De luz y lauro coronó tu frente.
 Y al pie del Crucifijo,
Ornó tu sien de enrojecidas flores
La sangre de tu Hijo;
Y tú, Madre de amores,

La bañaste en el mar de tus dolores.
 Los mundos te cantaron
Madre de amor y paz, Reina elegida;
Los cielos te guardaron
Diadema esclarecida,
Con alma de los ángeles tejida.
 Yo separo mis ojos
De esta vida fugaz y transitoria,
Y postrado de hinojos,
Aclamo tu victoria,
Cegado por los rayos de tu gloria.
 Con el vago deseo
Del triste corazón que á amar empieza,
Por doquiera te veo,
Radiante de pureza,
Sembrar por los espacios tu belleza.
 Te miro en el Oriente
Trayendo al sol, y caminar te siento
Tranquila y dulcemente
Por las ondas del viento
En la bóveda azul del firmamento.
 Te miro tras la nube
Rosada, que á lo lejos se desvía,
Y por los aires sube;
Te miro dar al día
Su ardiente resplandor y su alegría.
 Te siento en la serena
Noche, que con la luna te levantas,
Y de fulgores llena,
Rasgando te adelantas
Pabellones de estrellas á tus plantas.
 Y, anhelante, te estrecho

De mi mente en los senos recogida;
Te adivino en mi pecho,
En mi alma dolorida,
En mi triste destino y en mi vida.

Así dulce me atiendas
Cuando mi acento en su fervor te aclame,
Y benigna descieras,
Y tu mano derrame
Consuelo en mi dolor cuando te llame.

Así, luz de belleza,
Me conceda tu gracia protectora,
Para cantar tu alteza,
Un destello, Señora,
Del puro rayo que tu lumbre dora.

Así propicia y tierna
Nos des amparo y tu piadosa guía,
Y hasta la vida eterna
Sea tu nombre, María,
La santa enseña de la patria mía.

DON BERNARDO LÓPEZ GARCÍA

LA FE Y LA RAZÓN

I

Cuando la cruz coronó
A la cúpula valiente
Que Miguel Angel potente
Sobre el templo levantó,

Dios que escuchaba el cincel
Más cercano cada día;
Dios que las piedras veía
Subir, subir hasta Él,

Al ver la mole arrogante
Suspensa en mitad del cielo;
Contemplando el raudo vuelo
De aquella creación gigante;

Al ver como hasta su pie
Soberbio el templo se alzó,
«¡Quién llega hasta mí!» gritó,
Y el templo dijo: «¡La Fe...!»

Entonces Dios, siempre bueno,
Bendijo belleza tanta: